

El precio de la descarbonización: Cómo la transición energética europea está erosionando su competitividad industrial

La reconversión del sistema energético, que en un principio se anunció como una oportunidad para impulsar la economía y proteger el medio ambiente, ha generado elevados costos económicos y una pérdida de ventaja competitiva en el continente europeo, según un reciente análisis del diario estadounidense The Wall Street Journal (WSJ).

Las autoridades europeas auguraban que el cambio hacia fuentes como la solar y la eólica, junto con otras opciones no contaminantes, traería consigo una oleada de nuevos puestos de trabajo, una reducción notable de gases de efecto invernadero y una disminución en los precios de la electricidad para hogares e industrias.

Pasados unos veinte años, la realidad es ambigua: pese a que las emisiones de dióxido de carbono se han reducido en torno a un 30% desde el 2005 —una mejora más pronunciada que la del 17% observada en Estados Unidos—, el proceso ha dejado una huella económica intensa, con incrementos generalizados en los recibos energéticos y una merma en la dinámica productiva, especialmente en el sector manufacturero.

Los costos del suministro eléctrico han experimentado subidas abruptas en numerosos países del Viejo Continente. En la actualidad, Alemania lidera el ranking mundial de precios residenciales, mientras que el Reino Unido ocupa la primera posición en lo que respecta al sector industrial, según datos compilados por la Agencia Internacional de la Energía.

Los consumidores industriales europeos pagan, en promedio, el doble que sus contrapartes estadounidenses y un 50% más que los de China. Paralelamente, la creciente apuesta por tecnologías energéticas con generación irregular ha propiciado una mayor inestabilidad en los mercados de la electricidad, apunta el rotativo.

Este panorama está afectando la capacidad de Europa para competir en campos estratégicos y tecnológicos que requieren un suministro estable y barato de electricidad, como el desarrollo de inteligencia artificial. Al mismo tiempo, la inflación en los servicios básicos ha impactado el poder adquisitivo de los hogares, lo que ha alimentado el ascenso de movimientos políticos que rechazan la agenda ecológica actual, a la que consideran una medida impuesta desde las élites y desconectada de las realidades populares, subraya el periódico.

En varias naciones del continente, este modelo de cambio energético podría convertirse en un lastre para la recuperación económica. Expertos entrevistados por el WSJ indican que, aunque diversificar las fuentes de abastecimiento responde a una lógica estratégica —sobre todo en una región con escasos recursos fósiles propios—, el desmantelamiento prematuro de infraestructuras convencionales de combustibles tuvo lugar antes de que las renovables alcanzaran suficiente madurez técnica y operativa.

Esto se evidencia en decisiones recientes del sector privado: la empresa Ineos, con sede en Alemania, ha decidido clausurar dos centros productivos motivada por los costos energéticos insostenibles; por su parte, ExxonMobil ha cerrado una planta en Escocia y expresado su intención de replantearse su presencia en la industria química del continente.

La demanda eléctrica europea ha retrocedido en los últimos quince años, mientras que la expansión de la red de transmisión y distribución no ha seguido el ritmo de la instalación de nuevos parques solares y eólicos.

Además, eventos externos —tales como la inestabilidad en los mercados del gas tras la crisis sanitaria global y la interrupción del flujo de suministros rusos— han contribuido a presionar al alza los precios.

Sin embargo, expertos consultados por el medio coinciden en que el modelo institucional europeo, caracterizado por subsidios masivos, edificación de redes de alto costo y una capacidad de respaldo redundante, ha jugado un papel fundamental en la escalada prolongada de los precios.

El apoyo político transversal que sustentó el giro energético comienza a mostrar grietas. Formaciones de corte conservador en países como Alemania, Francia y el Reino Unido han comenzado a cuestionar los incentivos públicos y los plazos de descarbonización, mientras que algunos gobiernos —entre ellos el alemán— han optado por reactivar unidades de generación a gas, recuerda el WSJ.

Frente a otras potencias globales —como Estados Unidos, China, India o Brasil—, que expanden paralelamente su capacidad renovable y su producción de combustibles tradicionales, Europa eligió un enfoque de “reemplazo directo”: cerró instalaciones de carbón y gas en momentos en que el sistema limpio aún no podía dar respuesta integral a la demanda.

Consecuentemente, tanto familias como empresas se ven expuestas a facturas sujetas a la inestabilidad de los precios de los hidrocarburos importados y a la carga creciente de impuestos y transferencias destinadas a financiar la transición.

En el Reino Unido, por ejemplo, los componentes o costos regulatorios y fiscales suponen casi la mitad del importe final de las facturas residenciales. Encuestas recientes revelan que alrededor del 50% de los hogares planea limitar su consumo energético durante la próxima temporada invernal.

Proyectos emblemáticos, como el parque eólico marino Seagreen en aguas escocesas —que debe desconectarse más del 70% del tiempo para no sobrecargar la red—, ponen de manifiesto los cuellos de botella en el sistema de infraestructura que encarecen aún más la operación, según el diario.

Aunque voces a favor de la sostenibilidad sostienen que los costos tenderán a estabilizarse una vez que el sistema esté plenamente optimizado, el desafío radica precisamente en superar esta fase de transición sin acelerar el desplazamiento o deterioro industrial.

Algunos emprendedores británicos proponen una estrategia híbrida: acompañar la descarbonización con un incremento temporal en la producción nacional de petróleo y gas, mientras que institutos de investigación abogan por reformas tributarias que alivien la presión sobre los consumidores o usuarios finales.

Pese a ello, varios analistas consultados por el medio expresan escepticismo sobre la posibilidad de que naciones con recursos solares limitados y dependencia elevada de la energía eólica —como Alemania o el Reino Unido— logren precios energéticos competitivos en el mediano plazo. Otros advierten que, si la desindustrialización continúa, la producción podría migrar a regiones donde las normativas ambientales son más laxas, lo que, paradójicamente, neutralizaría parte del progreso climático buscado.

En este momento decisivo, Europa enfrenta el reto de articular o equilibrar seguridad energética, viabilidad industrial y responsabilidad ambiental. El rumbo que adopte su estrategia verde en los próximos años podría marcar su trayectoria económica e industrial por décadas.